

Carlos Pellicer

## BALADA DE VENECIA

A Domingo Chiazzaro Fernández

La biondina in gondoleta  
se bañó con el poeta.

Del Campo de San Zanípolo  
nos fuimos a Rialto.  
Addio, nos dijo Gentile,  
buona sera, nos dijo Tiziano.

A lo largo de la góndola  
fueron uno ojos y labios.  
*Sia de longo!* el gondolero  
gritó a vuelta de un Palacio.

Ah que tu cuello era noble  
y que eran lindos tus senos!  
Y que en tus manos la Luna  
se jugaba el más y el menos!

Ah que tu voz tuvo sombras  
para hacer más vivo el fuego.

—Cómprame el Palacio Fós cari.  
—Es del Gobierno.  
—Cómprame la Cá D'oro.  
—Es un museo.  
—Pues la casa de Desdémona.  
—Recuerda que es la de Othelo.  
—Los Caballos de San Marcos

para seguirte en el cielo.  
—Los Caballos de San Marcos  
no tienen dueño...

Sobre el Canal las palabras  
se entintaron de reflejos.  
Una vez y otra la góndola  
bebía del lado izquierdo  
por el acopio creciente  
de los abrazos y besos.

La biondina in gondoleta  
laurel —rosa fue al poeta.

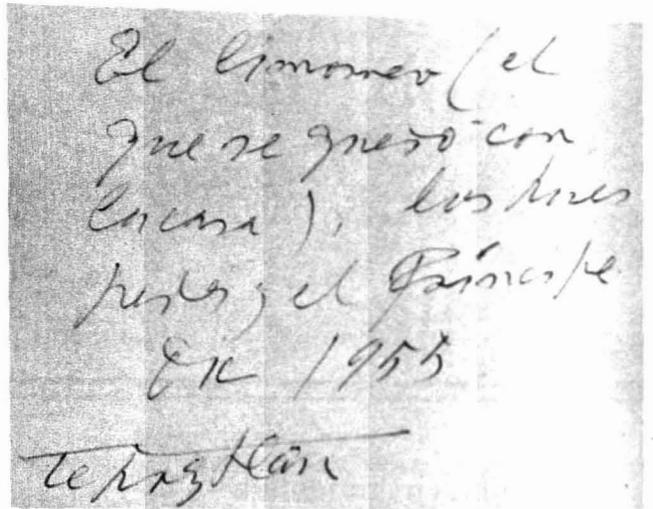
Al pasar por la Salute  
las estatuas saludaron:  
Adios los dos, nos dijeron.  
Adios todas, contestamos.  
(Los dos ángeles del Pórtico  
se te quedaron mirando.)

Y todo esto cayó en Lunes.  
Al otro día Venezia  
de un puente a otro decía,  
pálida de primavera  
con cierta melancolía:  
“La biondina in gondoleta  
se acostó con el poeta.”

Venezia, Agosto de 1927



De izquierda a derecha: Francisco Neumann, Tomás Parra, Dr. Atl, Carlos Pellicer y no identificado.



El limosnero, el que se quedó con la casa, los huéspedes y el Príncipe. Diciembre, 1955. Tepoztlán.

Uno de los amigos más queridos y admirados por Pellicer fue el Dr. Atl. El poeta lo visitaba con regularidad en su estudio y el pintor correspondía las visitas, sin faltar nunca en la época navideña, cuando disfrutaba del famoso "Nacimiento" que organizaba Pellicer. (Precisamente el año de la muerte de Atl, el paisaje del "Nacimiento" se hizo en su memoria: el Paricutín y sus alrededores, entre grises y negros, con algún esqueleto de árbol —traído del Popocatepetl— en primer término.)

Hay una anécdota que pinta cabalmente esta amistad. Una vez, allá por 1955, Pellicer invitó a comer al doctor a su casita del pueblo de Tepoztlán. El doctor no conocía el lugar. Cuando terminaron de comer, vino la sobremesa y la conversación se alargaba hasta que el anfitrión, un poco preocupado por la hora, sugirió el regreso. —"¿Regresarnos?"— preguntó Atl extrañado, y añadió— "Estás loco, te regresas tú con mi chofer. Este lugar es prodigioso. Yo aquí me quedo". Y se quedó dos años a vivir y a pintar en la casita.

En 1943, Pellicer fue nombrado director del Departamento de Educación Extraescolar y Estética, lo que hoy es el INBA. Una de sus preo-

cupaciones principales fue organizar exposiciones, exposiciones que serían memorables: Velasco, Clausell, arte prehispánico de occidente, Orozco y Atl, entre otras. El texto de la exposición de Atl —escrito por él mismo— vale la pena recordarlo y rescatarlo aquí como quien pudiera volver a escuchar una de sus deslumbrantes conversaciones en que la imaginación lo hacía posible *todo*. Oír al doctor Atl, y verlo, porque su figura tenía la luminosa belleza de un dibujo de Leonardo, era una fiesta que uno no quería que terminara nunca. Tenía ese don maravilloso del cuentista, que con su palabra nos hace aparecer la imagen delante de los ojos.

No sé si el breve texto que Pellicer escribió para esta exposición —y que aquí ofrecemos— se haya publicado. Tal vez solamente haya sido leído en la inauguración. Ahora podemos leer el diálogo extraordinario que suscitó aquel grupo de paisajes y que se cerraría 20 años más tarde con el prólogo que el poeta escribiera para el libro que se publicó en el centenario del natalicio del pintor.

C.P.L.